

## Lección # 4

# *Completos en Cristo: Plena Perfección*

Por: Alejandro Manrique

“y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad.”

Colosenses 2:10

### INTRODUCCIÓN:

Jesús no pensaba en una perfección relativa cuando dijo: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48) ¿Podríamos suponer que el Salvador propuso una meta que no es posible alcanzar y que de ese modo nos engañaría en nuestros esfuerzos por intentar alcanzar la perfección?

Si bien es imposible que lleguemos aquí, en la vida terrenal, al estado de perfección de que habló Cristo, en esta vida establecemos el fundamento sobre el cual llegaremos a la perfección.

### I. DEFINICIÓN DE PERFECCIÓN

La palabra “perfección” deriva del latín *perfecto*, que a su vez viene del verbo *perficere*: terminar, acabar, realizar plenamente. La palabra indica estar acabado en un determinado modo, poseer la plenitud del ser propio. Para los aspectos metafísicos del término, v. SER; ACTO; para el estético, v. BELLEZA, y para el ético, v. BIEN. Aplicada al cristianismo, la perfección se predica de quien realice plenamente el ser de cristiano.

Profundizando un poco más, una cosa es perfecta si no le falta nada a su naturaleza, propósito o fin. Puede ser perfecta en su naturaleza, aunque imperfecta puesto que aún no ha alcanzado su fin, ya sea éste en el mismo orden que ella misma, o si, por voluntad de Dios y su liberalidad gratuita, sea totalmente por encima de su naturaleza, es decir, en el orden sobrenatural. A partir de la revelación hemos aprendido que el fin último del hombre es sobrenatural, y que consiste en la unión con Dios aquí en la tierra por la gracia y en el más allá en el cielo por la visión beatífica. La unión perfecta con Dios no se puede lograr en esta vida, dado que el hombre es imperfecto en cuanto carece de la felicidad a la cual está destinado y sufre muchos males de cuerpo y alma. La perfección de este modo en sentido absoluto es reservada para el Reino de los Cielos.

### II. COMPRENDER LO QUE NOS FALTA PARA SER PERFECTOS

Hay tres factores esenciales que son necesarios para inspirar a la persona a llevar una vida parecida a la de Cristo o, hablando con mayor exactitud en el lenguaje de las Escrituras, a vivir de un modo más perfecto, como vivió el Maestro. El primer factor esencial es: La persona debe cobrar mayor conciencia de lo que le haga falta para perfeccionarse.

Al joven rico no le hacía falta arrepentirse del asesinato ni de pensamientos homicidas. No había que impartirle conocimientos sobre cómo arrepentirse de cometer adulterio, ni de robar, ni de mentir, ni de estafar ni de no honrar a su madre. Él dijo que todo eso lo había guardado desde su juventud; pero la pregunta que hizo fue: “¿Qué más me falta?” (Mateo 19:16–22).

Jesús, con Su discernimiento cabal y Su poder, diagnosticó a la perfección el caso del joven: Lo que le hacía falta era superar su amor por las cosas del mundo, su inclinación a confiar en las riquezas. Entonces Jesús le prescribió el remedio eficaz al decirle: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme” (Mateo 19:21).

Cuando ocurrió la conversión del apóstol Pablo y éste quedó físicamente ciego por el resplandor de la luz que le rodeó cuando iba camino a Damasco “oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hechos 9:4). Y desde lo más profundo de la humillada alma de Saulo provino la pregunta que siempre hace el que se da cuenta de que algo le hace falta: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” (Hechos 9:6).

Esa virtud de percibir que a uno le hace falta algo la expresó Jesús en el gran Sermón del monte cuando dijo: “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mateo 5:3). Ser pobre en espíritu, naturalmente, significa estar espiritualmente necesitado, sentirse espiritualmente tan empobrecido que se busca ayuda en ese aspecto con gran anhelo...

Todo el que desee alcanzar la perfección debe preguntarse en alguna ocasión: “¿Qué más me falta?”

### **III. NACER DE NUEVO PARA LLEGAR A SER PERFECTOS**

El segundo factor esencial para alcanzar la perfección se encuentra indicado en la conversación que tuvo Cristo con Nicodemo. Cuando Nicodemo fue a Él, Jesús percibió que éste deseaba que le respondiese a la pregunta que muchos otros le habían hecho: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”. Y el Maestro le respondió: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”. Nicodemo entonces le dijo: “¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?” Jesús le respondió: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:3–5).

La persona debe “nacer de nuevo” si desea alcanzar la perfección, a fin de ver el reino de Dios, o sea, entrar en él. ¿Y cómo se nace de nuevo? A través del bautismo (Hechos 2:38). No se puede llevar una vida parecida a la de Cristo si no se nace de nuevo. Nadie podría ser nunca feliz en presencia del Salvador sin haber renunciado a sí mismo.

### **IV. VIVIR LOS MANDAMIENTOS DE UN MODO MÁS COMPLETO NOS AYUDA A SER PERFECTOS**

Por último, el tercer factor esencial: Ayudar a la persona que esté en vías de aprendizaje a conocer el Evangelio por medio del vivir el Evangelio. La certeza espiritual que es necesaria para la salvación debe ser precedida por un máximo de esfuerzo personal. El esmero de la persona debe anteceder a la gracia, o sea, al don gratuito del poder expiatorio del Señor.

El tercer factor es uno de los fundamentales que es preciso cumplir si se desea llevar una vida perfecta. Uno debe “tomar la resolución” de vivir los mandamientos. Jesús respondió a la pregunta que le hicieron los judíos en cuanto a cómo podrían saber con certeza si Su misión era de Dios o si Él era tan sólo un hombre. Él dijo: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta” (Juan 7:17). El testimonio de la verdad nunca llega al que tiene un tabernáculo impuro. El Espíritu del Señor y la impureza no pueden morar al mismo tiempo en una persona determinada.

En cierto sentido, todos los principios y todas las ordenanzas del Evangelio no son sino invitaciones a aprender el Evangelio por medio de la práctica de sus enseñanzas. Nadie conoce la sabiduría sino hasta que guarda la Palabra de Sabiduría, es decir, la Palabra de Dios. Los niños, y en realidad también las personas mayores, no se convierten a Dios o a se disponen a santificar el día del Señor tan sólo por oír a alguien hablar sobre esos principios. Aprendemos el Evangelio al vivirlo.

## **CONCLUSIÓN:**

Si desea conocer los pasos que hay que dar para modelar su vida a fin de alcanzar la plenitud que les haga ciudadanos dignos o santos en el reino de Dios, la mejor respuesta la pueden encontrar al estudiar la vida de Jesús en las Escrituras. Cristo vino al mundo no sólo para expiar los pecados de las personas, sino para dar el ejemplo al mundo de la norma de perfección de la ley de Dios y de la obediencia al Padre. En Su Sermón del monte, el Maestro nos revela en cierto modo Su propio carácter, que fue perfecto y, al hacerlo, nos da un plan detallado de acción para seguir en nuestras propias vidas.

A los que hemos sido bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y manifestamos la voluntad de seguir a Jesucristo, nos ha dicho el Señor: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48). La perfección de Dios se manifiesta en su amor: por eso, después de lavar los pies a sus discípulos, dice: “Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis.” (Juan 13:15). Y en la reflexión que les ofrece después que Judas había salido para entregarle, añade: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros...” (Juan 13:34a). Enseñándoles cómo debía ser ese amor, añade: “como os he amado, que también os améis los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:34b-35).